

de celeberrimos trabajos. Poleró era el único que faltaba, porque se había encargado de examinar las cartas y descubrir el secreto; acción que no consideraron villana, tratándose de un loco.

Diríase que á don Jesús le quemaba el asiento. Apenas apuró la taza, ya quería irse. Su turbación y cortedad eran grandes.

“Un momento más,—le decían, deteniéndole casi á la fuerza.

—Si ustedes, ¡oh! me permitieran retirarme...—respondía él con timidez.—Apenas he empezado mi tarea....”

Por fin le soltaron. Una comisión había de acompañarle hasta su domicilio. Todo se hizo con aparato y cortesana pompa. Cuando el infeliz se encerró de nuevo, viérais á Poleró entrar en el cuarto tapándose la boca para contener la risa. Se tiró en una cama, porque su hilaridad y los esfuerzos que hacía para sofocarla y no meter ruido, le daban convulsiones...

—¿Pero qué, pero qué es...?

—No podéis figuraros.

—¿Qué cartas son esas?

—La locura más graciosa que se puede hallar.

—¿Quién le escribe? ¿A quién escribe?

—¡Si no lo hubiera visto...!

—¿A la Reina?

—No.

—¿Al Papa?

—No... Asombraos todos. Se escribe las cartas á sí mismo...

—¿Y las recibe?

—De sí mismo. Todas las cartas están encabezadas: “Señor don Jesús Delgado: Muy señor mío...”, y todas concluyen así: “Su seguro y atento servidor, Jesús Delgado..”

¡Qué risas, qué algazaras!

“¿Se le da un bromazo, sí ó no?”

—Hombre, ¿mayor que el de esta noche?...

—Mayor, sí, mayor..”

Poleró contó en breves términos lo que decían algunas cartas. Todo era referente á extraños planes de Instrucción pública. En algunas despachaba consultas sobre delicadísimos puntos de la misma materia. No estaban mal escritas, pero sí salpimentadas con las exclamaciones “¡ah! ¡oh!”, que usaba también hablando.

“Sí: de la Dirección le echaron por loco—indicó Zalamero.—Ahora recuerdo: empezaron á notar rarezas en sus informes, y extrañísimas teorías traducidas del alemán. Por tales ideas estrambóticas, tuvo el Director un gran disgusto con el Arzobispo de Toledo.

—¿Con que se le da el bromazo?

—¿Cómo? ¡Ah! ya... escribiéndole una carta firmada por él mismo.

—Eso, eso...—clamó Poleró.—A ver quién imita su letra. Le he quitado una carta.

—Venga — manifestó Cienfuegos, que se creía con aptitud para el caso.—Yo la imitaré.

—Que ponga Miquis el borrador. Entérate, Alejandro, de las tonterías que dice, y no omitas las interjecciones.

—Mañana... Es preciso sustraerle un poco de esta hermosa tinta violada que usa... Felipe, mañana, cuando limpie la chica el cuarto, entras á ayudar, y...

—Convenido: ¡qué lance!...

—Señores, las diez... —gritó Sánchez de Guevara, blandiendo el espadín.—Es hora de estudiar. Se levanta la broma.

Hasta mañana.,

VIII

El sábado por la noche, casi todos los huéspedes fueron al paraíso del Teatro Real. Miquis llevó á Felipe, que no había estado nunca, y se quedó medio atontado ante lo que veía y oía, cual si estuviera en un mundo distinto del que habitamos. Cosas y personas se le representaban engrandecidas y sublimadas por ignorado poder de magia. Aquello no era natural: era sueño, ocio de los sentidos y mentira del alma. Tanta señora guapa en los palcos; el deslum-

brador abismo de rojo y oro, de hermosura y luces, que desde arriba presenta la cavidad del teatro; la escena grandísima, con aquellos señores que salían á cantar, ahora solos, ahora en bandadas; la muchedumbre de músicos que en aquel andén tocaban tanto instrumento; los deformes contrabajos, las doradas arpas, los aplausos, el canto, el silencio, el ruido, la atmósfera espesa... todo causaba al Doctor suspensión del ánimo y cierto embarazo de la palabra. Se reían los demás de verle con la boca abierta, atento, lelo, y sin responder cuando le decían: “¿Qué tal, Doctor; qué te parece esto?,” El miedo de decir alguna barbaridad le tenía mudo.

Zalamero y Virginia estaban en una de las filas más altas; abajito, junto á la escalera de la derecha, en apretada falanje, todos los demás huéspedes, alborotando más de lo regular y dando broma á don Leopoldo Montes, que acompañaba, no lejos de allí, á unas cursis de mal pelaje. Aplaudían furiosamente á Mario, que aquella noche cantaba. En los entreactos, Montes, por darse los humos de una opinión musical, mostrábase partidario de lo pasado, y alzando la voz en su defensa, decía:

“¡Si hubieran oído ustedes al célebre Moriani, el tenor de la *bella morte!* Yo le oí en París... Aquél sí reunía todo: voz y canto; no era como este ídolo de ustedes, á quien sólo

se puede admirar *bajo el prisma* del estilo..

En pie, para dejarse ver y oír, el tal Montes, tieso y bigotudo, con la ropa muy ceñida para lucir las formas, llamaba la atención de medio paraíso por su arrogancia cursilona, su cabeza llena de bandolina, sus aires pedantescos y sus ridículas pretensiones de hombre de mundo... Poleró estimulaba la fatuidad de Montes con chanceras lisonjas, y todos se divertían atrozmente con la buena música, los bandos musicales, las cursis, las apreturas y las bromas y agudezas propias de aquella caldeada región.

En la casa de huéspedes reinaba silencio grandísimo, en cuyo seno, como pez en el agua, la mente prolífica de don Basilio Andrés de la Caña escribía su centésimo artículo sobre el eterno tema, y era de ver cómo aquella máquina de guerra salía, erizada de explosivas sumas y de cortantes guarismos. Cada vez que el redactor se pasaba la mano izquierda por la cabeza, brotaba de la pluma, rápidamente menuda por la derecha, una chorretada de números que... ¡Pues si aquello lo leyerá alguien, Dios poderoso!

Dos personas más había en la casa, igualmente silenciosas: la Bernardina, que se había puesto á coser junto á la mesa del comedor, y dormitaba más que cosía, y don Jesús Delgado, que trabajaba en su cuarto con la constancia y

fe de todas las noches. Antes de ponerse á escribir, leyó cuidadosamente el bendito señor en diversos libritos ingleses y alemanes; paseó un rato por la habitación como discurrendo lo que iba á contestar; y haciendo visajes y contorsiones, tomó luego la pluma, que no porque fuera de éstas de acero que ahora se usan, dejaremos de llamar *bien cortada*. Le acompañaba un discreto y grave amigo, Julián de Capadocia, dormitando no lejos de la mesa, y á ratos levantaba la cabeza y le dirigía miradas cariñosas. Expresivo era el rostro del apacible can, y si hubiera tenido palabra le habría dicho: "¿Cómo va eso, señor Delgado?," Pero se lo decía con los ojos, y con los ojos también respondíale don Jesús:

"Difícil tema es éste, ¡oh! amigo Capadocia: allá veremos lo que sale.."

¿Era verdad lo que Poleró había dicho? Sí: toda la correspondencia que Delgado contestaba habíala escrito él mismo un día antes. El desgraciado huésped, cuya vida se nos presenta en tan raro misterio, así como los orígenes de su pacífico desorden mental, merecía bien el mote que le puso Arias Ortiz, ramplón helenista: le llamaba el *cautepestológrafo*, ó sea el que se escribe cartas á sí propio.

De las doce ó catorce que había recibido aquella tarde, tomaba don Jesús una, la leía con atención cuidadosa, meditaba un rato so-

bre ella y luego la contestaba. Sucesivamente hacía lo mismo con las otras, alternando el leer y el escribir, hasta despachar la mitad del trabajo, quedándose la otra mitad para la mañana siguiente. He aquí una, tomada al azar del repleto archivo del arcón:

“Señor don Jesús Delgado.—Muy señor mío de mi consideración más distinguida: Recibí su atenta, fecha 28 de Octubre, y me apresuro á contestarle que su admirable plan de *la Educación Completa* no es ni será comprendido por esta caterva rutinaria de la Dirección, incapaz de salir ¡oh! de los antiguos moldes. Pasarán años; será preciso que todo el régimen del Estado varíe; que la sociedad se conmueva para sacudir su modorra; que pensamientos nuevos y nueva luz entren en el cerebro narcotizado y tenebroso de la Nación; y aun así, ¡oh! la reforma que usted quiere implantar no será un hecho si no dedica usted un siglo más al ensayo y tanteo de su difícil aplicación. Vino usted al mundo ¡oh! antes de tiempo, amigo mío. Lo mejor que puede hacer ahora, para no aburrirse aquí con tan larga espera, es darse una vuelta por la eternidad y volver dentro de siglo y medio, año menos, año más.

Entonces el Gobierno pensará de otra manera, y habrá caído en total descrédito la educación de adorno que ahora prevalece, compuesta de conocimientos necios, baldíos y de relum-

brón, como las pinturas ridículas con que se engalanan los salvajes.

Cuando usted vuelva, la sociedad habrá comprendido que, en todo el curso de la vida, lo importante ¡ah! no es *parecer*, sino *ser*, y que á este principio debe sujetarse la educación.

Deseo que usted explane sus ideas sobre esto, demostrando que el fin educativo es *prepararnos á vivir con vida completa*. Espero en su próxima carta una *clasificación de las principales direcciones de la actividad que constituyen la vida humana*, para deducir ¡oh! cuál es la educación que debe preferirse, según la condición y fines de aquellas direcciones de la actividad.

Entre tanto llega su deseada carta, se repite de usted ¡oh! atento servidor q. b. s. m.—
JESÚS DELGADO.”

Este tono grave no lo empleaba en todas sus cartas; las escribía también familiares, como la muestra:

“Querido Jesús: Por la tuya del 7 veo lo atreado que estás en esa oficina de la *Educación Completa*, establecida en el séptimo cielo, círculo tercero á mano derecha. ¡Pobrecito, tener que contestar tanta carta, venida de remotos países...! Veo que los amigos Fröbel y Pestalozzi no te ayudan nada. ¡Qué pícaros!

La familia buena. Estamos ensayando en los niños tu sistema de educación recreativa,

¡oh! que forma parte de la completa. Esto de enseñarles jugando es invención, como tuya, donosísima. Hemos tirado á la basura todos los librotos indigestos que los chicos tenían, y en su lugar les hemos dado herramientas de fácil manejo, lápices y colores, cartón para hacer casitas, y otras menudencias dispuestas conforme á lo que mandas.

Sofía está otra vez en estado interesante y muy avanzada... ¡Cómo ha de ser!... Mi *sabiduría* me da un hijo cada año. Venga, y le educaremos jugando. Nos harán falta pronto tus ideas sobre la lactancia. Escríbenos sin dilación, que quizás mañana empecemos á necesitar tus teorías lactatorias, ¿qué digo, mañana? ahora mismo... me avisan que Sofía... ¡ah! ¡oh! no puedo seguir; adiós. — JESÚS.

Aquella noche, como dije, despachaba tranquilamente Delgado su correspondencia, cuando de pronto, al abrir una de las cartas y leerla, se quedó turbado, frío, y empezó á hacer tales visajes y contorsiones, que la cara se le desbarataba, cual si quisiera protestar de las leyes anatómicas; á leer volvía, no dando crédito á sus ojos, y saltaba en el duro asiento. Sin duda le acometió el mal de San Vito. Levantóse, dió varios paseos, leyó de nuevo... ¿Qué carta era aquella que tanto le trastornaba? ¡Su letra! ¡su tinta! ¡Eran el encabezamiento y firma como los de todas las suyas!

Leída por séptima vez, vió que decía:

“Señor don Jesús Delgado.

Mi distinguido amigo: El contenido de su gratísima del 2 de Noviembre, en que se manifiesta desesperanzado del éxito de su grandioso plan de *Educación Completa*, me ha producido ¡oh! dolorosa impresión. Pues qué, varón insigne, filósofo eximio, genio sin segundo, ¿será posible que desmaye usted cuando llega el momento de dar cima á su alta empresa y coronar con triunfo y galardón admirables sus gloriosísimos, sus inmortales estudios? No, amigo: hemos llegado á la cima, hemos escrito el *omega*, y la frente del santo reformador, del Jesús, del Cristo de la Educación, aparecerá coronada de las estrellas de la práctica en el trono refulgente de la realidad.

Usted, mi sabio amigo, engolfado en el tumultuoso piélago de las cartas que de apartadas regiones, playas y continentes le dirigen, no ha apreciado el veloz paso del tiempo. ¡Han transcurrido veinte años sin que usted se dé cuenta de ello! Ya no existen aquellos rutinarios moldes que se oponían á la *Educación Completa*. Todo ha variado, egregio hierofante: la sociedad ha vencido su letal modorra, y despabiladísima aguarda las ideas del legislador de la enseñanza. En este lapso de tiempo, ¿no sabe usted que ha sido derrocado el trono secular, y con él han desaparecido las prácticas

añosas y las ideas rancias? Cual generosa espada cubierta de orín, que en un momento es limpiada y recobra su hermosura, temple y brillo, así la nación se ha limpiado su mugre. Nuevas instituciones tenemos ya, ¡oh! y nuevos caracteres y principios. La hora de que el gran reformador salga de su escondite y manifieste al mundo atónito sus planes, ha llegado, señor don Jesús. ¡Viva el Mesías de la *Educación Completa*, base de la *Completa Vida!*

Con ferviente entusiasmo le saluda y abraza su afectísimo—JESÚS DELGADO.,,

Mientras más el infeliz leía, mayor era su desasosiego. Estaba el pobre como fuera de sí, con grandísima zozobra en su alma. Pero mucho más se alteró cuando, al fijarse en la fecha de la carta, vió que claramente decía: “8 de Noviembre de 1883...”. Se le erizaba el cabello mirando estos guarismos. Tal efecto le hicieron, que sus nervios se desataron en vibración loca, y empezando por dar vueltas en la habitación, luego salió disparado al pasillo.

Julián, ¡cosa extraña y rara vez acontecida! ladraba tras él... ¡Pero cómo ladraba el bueno de Capadocia! Era el canino lenguaje un aullar lastimero que más tenía de exhortación de amigo que de amenazas de guardián. Asustado del ruido salió don Basilio, y con cariño puso la mano en el hombro del *cautepestoló-*

grafos, y le dijo: “¿Qué le pasa al buen amigo? El tiempo Sur es malo, ¿eh?,”

Pero Delgado se metió bruscamente en su cuarto, sin responder nada al de la Caña, lo que sorprendió mucho á éste, por ser don Jesús la misma cortesía. Bernardina salió también, y entre los dos hicieron callar á Julián.

“¡Este maldito tiempo Sur...!—repetía don Basilio, acompañando á la Bernardina hasta el comedor y sentándose á su lado.

—Esta noche le da fuerte, ¿dice que es el viento? Hasta Julián se encalabrina...—observó la moza; y don Basilio, recreándose en contemplar los torneados brazos de ella, repetía:

—Este maldito viento Sur no sé lo que tiene. También á mí me pone la cabeza... y los nervios... no sé cómo.,,

IX

Al siguiente día, doña Virginia, malhumorada con los huéspedes, les hablaba así:

“¡Alguna picardía me le han hecho ustedes á ese bendito don Jesús! Como yo lo descubra, van todos á la calle. Cuidado con echármele á perder, que él con nadie se mete, y es el hombre más calladito, más respetuoso que se puede ver... ¡Ay de aquél que me le trastorne con bromas pesadas!... Me parece que

voy á dar azotes... Porque si yo tuviera muchos huéspedes como don Jesús, no quería más. Él no dice esta boca es mía; jamás me ha roto un plato; no alborota, ni es tragón... Todos los meses viene un señor de la familia y me pregunta: "¿cómo está? ¿sigue pacífico?," y yo le digo: "está como un ángel, y de buen color...," El encargado abre una *miajita* de la puerta para verle... Siempre en su faena de las cartas, ¡pobre ángel!... Después me paga el hospedaje en bonitos napoleones, y hasta otro mes...,"

Estas exhortaciones de la hermosa Virginia no hacían efecto. Los muy tunos idearon otra broma aquella misma noche (que fué la del lunes), y al punto la pusieron por obra. Escribieron al *cautepistológrafos* una carta con su imitada letra y tinta; pero para confundirle más, la firmaron así:

Su afectísimo amigo y capellán,—JULIÁN DE CAPADOCIA.

Y dando las señas de la casa, rogaban al señor don Jesús pronta contestación á un difícil punto que el firmante se permitía someter al elevado criterio de nuestro reformador pacífico. Pasaron dos días, y la contestación no llegaba. Pero una tarde, hallándose todos en casa en expectativa de la anhelada respuesta, llamó el cartero del interior, el cual, después de entregar la diaria remesa de don Jesús, enseñó

otra carta, diciendo: "¿Don Julián de Capadocia?"

—¡Aquí es, aquí es...!,"

Con febril alegría y curiosidad se reunieron á leer, y puestos todos en rueda, leyó Alejandro en voz baja lo siguiente:

"Señor don Julián de Capadocia.—Muy respetable señor mío y capellán: Por su atenta del 4 me he enterado del delicadísimo problema que se sirve someter á mi humilde criterio, esto es, cuáles serían los medios más adecuados para que usted pudiera reintegrarse á su sér total, y si los procedimientos de la *Educación Completa*, que tengo el honor de defender y propalar, serían eficaces para aquel alto fin.

¡Ah!... señor de Capadocia, diga usted á los mal educados jóvenes que le han dirigido á mí, que no es de corazones nobles hacer escarnio de principios que no se comprenden; dígalos que mis planes no son para perros ni para gandules que padecen, entre otros males, la mutilación del rudimento cristiano del respeto á los semejantes. Excluídos están ¡ah! todos ellos, por su grosería, por su falta de sentimiento social y caritativo, de los beneficios de la *Educación Completa*. Y pues el señor don Julián ha de tener sobre ellos alguna influencia, siquiera por el parentesco patológico ó la comunidad de dolencia, convénzales de su triste situación, y hágalos ver que están lle-